

Ronnie Muñoz Martineaux

Mahfud Massis: el poeta que no alcanzó a volver



Justo cuando se apresuraba a regresar a Chile luego de un largo exilio falleció en Caracas el poeta Mahfud Massis. Como todo poeta premonitorio había escrito en su último libro *Llanto del exiliado* la siguiente dedicatoria: "A Chile, donde nací, donde no moriré acaso, pero donde otros han muerto sin razón y siguen aguardando en la colina". Así ocurrió, sólo llegaron sus restos que fueron velados en la Sociedad de Escritores, en medio de la consternación que produce toda muerte absurda.

El poeta fue un polemista irreductible; un poeta que cantaba con latidos de sangre, con viento y banderas desplegadas. Este acento traslúcido y desgarrado se hizo patente a lo largo de sus libros, desde *Las bestias del duelo*, escrito en 1942, hasta sus poemas de exilio y de nostalgia. Para nosotros, uno de sus libros más logrados fue *Leyenda del Cristo negro*, en que construye un nuevo Evangelio, un canto de un Cristo implacable contra los fariseos y los explotadores, que regresa a la tierra con su látigo fustigante. Y así lo presenta el poeta:

"Porque la mano que se extendió para bendecir, reaparecerá armada; y no dejará hueso sobre hueso, ni tendón sobre tendón sin ser desgarrado, porque se acerca el día de la justicia".

Así como Massis no se dio tregua en la poesía, tampoco tuvo descanso en la lucha social. Hombre comprometido, escritor incisivo, alentó muchas publicaciones en donde quedó patente su acento duro y franco, que nunca dio ni pidió tregua en la polémica. Recordamos que en la revista *Multitud* que animaba el poeta Pablo de Rokha—suegro de Massis—se vertieron los más quemantes y descalificadores epítetos contra Neruda, a los que este último casi nunca respondió.

Mahfud Massis—como tantos otros creadores chilenos—debió salir al exilio para la instauración de la dictadura. Dura vida la del exiliado, que como se ha dicho equivale a la muerte en vida de un hombre. El poeta se refugió en Venezuela, pero toda su mirada y su corazón habían quedado en el sur: "Miro hacia el sur con obstinado rencor / escupo cada noche / sobre mi pellejo que recibe la caricia / del agua cuando, en verdad, mi herencia es el huracán, la caspa / la bazofia por

comida, y no merezco / el aire de este bolsillo olvidado". Luego el poeta toma conciencia de que va envejeciendo, que el retorno tarda y se acuerda de los muertos de Lonquén: "El ave perpleja, allá, el hambre, Lonquén, esa caverna, / y yo tragando clavos en este exilio de oro, envejeciendo, enmoheciéndome, / viendo cómo se me encoge la calavera / y caen los dientes impregnados / de ron / en la noche del Caribe y su imperial caoba".

Es preciso clarificar que Massis era un doble exiliado. Por su sangre corría la generosa espuma palestina. Por ello, su destierro fue más implacable. De una parte evocando a Chile, a su delgada geografía, y de otra, a los combatientes de Palestina, ultimados por el sionismo: "La verdad,—dice en un texto—no tengo de dónde agarrarme a veces. Pienso que estoy ciego, que todo / fue abortado / y Palestina cuelga su último muerto / en el olivar. / Y tú, Líbano / de las maderas resonantes, cómo fuiste / asolado. Mi sangre / está ahora en la viscosa boca del tiburón. / ¿Y Chile? ¡Qué piedra! Ah, ya no tengo pasado, y no puedo volver".